

Los caminos de la aventura

domingo, 21 de octubre de 2007

Modificado el domingo, 21 de octubre de 2007

LOS CAMINOS DE LA AVENTURA

Por Santiago Gil

Nuestros pasos mÃ¡s aventureros nos conducÃ-an siempre hacia las montaÃ±as. Delante estaba el mar, pero el mar frenaba nuestros pasos. SugerÃ-a otros mundos y otros escenarios, pero quedaban lejos y jamÃ;s se veÃ-an desde la orilla.

LOS CAMINOS DE LA AVENTURA

MÃºsica de PapagÃºevos II

Santiago Gil

Nuestros pasos mÃ¡s aventureros nos conducÃ-an siempre hacia las montaÃ±as. Delante estaba el mar, pero el mar frenaba nuestros pasos. SugerÃ-a otros mundos y otros escenarios, pero quedaban lejos y jamÃ;s se veÃ-an desde la orilla. Las montaÃ±as, en cambio, nos invitaban a buscar detrÃ;s de ellas: en el mar aprendimos a soÃ±ar; en la montaÃ±a fuimos haciendo el camino.

QuÃ© habrÃ-a detrÃ;s de los riscales y los montes. Esa era la pregunta que guiaba nuestros pasos mÃ¡s osados. PartÃ-amos hacia Ingenio Blanco, hacia Hoya Pineda o hacia San Juan con la intenciÃ³n de descubrir otros mundos y otras gentes detrÃ;s de cada loma. Nosotros, para sobrevivir, tenemos que exagerar las distancias de nuestros lÃ-mites insulares. Cuando eres niÃ±o parecen inabarcables, pero tambiÃ©n llega un momento en que pueden resultar claustrofÃ³bicas, sobre todo desde que llegamos a todas partes en un par de horas y desde que atisbamos los cuatro puntos cardinales. No resulta fÃcil asumir la cortedad de miras, por eso, a medida que vamos creciendo y asumiendo nuestros lÃ-mites, necesitamos tanto el mar para ampliar los horizontes, y tambiÃ©n para soÃ±ar y para darle un sentido mÃ¡s trascendental y mÃ-tico a nuestra propia existencia. En aquellas incursiones de la infancia todavÃ-a creÃ-amos que la tierra no se acababa nunca. SubÃ-amos hacia Hoya Pineda descubriendo un mundo que para nosotros podÃ-a ser casi tan grandioso como el descubierto por ColÃ³n y por cualquier Livingstone metido en las entraÃ±as africanas. Nunca llegÃ;bamos al final; por tanto la isla no la tenÃ-amos asumida: siempre quedaban caminos por recorrer.

Mis escapadas hacia el campo las hacÃ-a subiendo por las pendientes de la Cuesta de Caraballo o de la presa. ConocÃ-a al dedillo esos caminos porque mi madre habÃ-a estado dando clases en la escuela de Ingenio Blanco y alguna que otra vez nos habÃ-a llevado de aventura por esos campos. Y tambiÃ©n porque iba con mi abuela BÃrbara a una casa abandonada que tenÃ-a en la zona del Gallego a coger moras rojas: mantengo intacto el sabor agraz, lo mismo que la sensaciÃ³n de aventura cuando nos adentrÃ;bamos entre las zarzas y la maleza. En las islas la maleza y las hierbas silvestres son casi edÃ©nicas, luminosas y sorprendentes por la cantidad de flores bellas que nacen entre tanta maraÃ±a. TambiÃ©n aprendimos que entre la mala hierba suelen salir muchas veces las flores mÃ¡s hermosas, y que la naturaleza es en sÃ-misma un milagro, vida y muerte diaria conviviendo mÃ;s allÃ de nosotros y de nuestras triviales ambiciones pequeÃ-oburguesas.

La escuela rural de Ingenio Blanco en la que mi madre daba clases se integraba maravillosamente en el paisaje con sus tejas y sus blancas tapias, y aÃ³n hoy permanece en el mismo lugar dÃndole a esa zona de nuestras medianÃ-as un toque reconocible y cercano. Subiendo todo recto desde La Cuesta se llegaba a la escuela, y de ahÃ- hacia arriba se gestaba la aventura con el descubrimiento de paisajes, bosques y animales cada dÃ-a mÃ;s llamativos y sorprendentes. Nos encantaba el olor de la hierba mojada, la neblina, la tierra cada dÃ-a mÃ;s roja manchando las playeras y los pantalones, y el agua limpia y helada que nos daban en las casas cuando llegÃ;bamos exhaustos de tanta cuesta y de tanto camino zigzagueante y escarpado. TendrÃ-amos doce o trece aÃ±os. Ã-bamos sin permiso, que es como Ãºnico concebÃ-amos las aventuras. Lo otro, lo pactado con los padres o los profesores, eran excursiones de tortillas de papas y canciones cutres en las que no se corrÃ-a ningÃ³n riesgo, y en las que tampoco podÃ-as esperar nada fuera del guiÃ³n que previamente te habÃ-an contado. SÃ³lo se salvaban las primeras excursiones con los Scouts. Yo pertenecÃ- a la primera promociÃ³n de exploradores que hubo en GuÃ-a. Nos reuniÃ³ la madre Gloria en las Dominicas un sÃbado por la tarde y nos planteÃ³ la posibilidad de crear un grupo para ir de acampadas algunos fines de semana. Lo pasÃ;bamos de maravilla descubriendo Guayadeque o los pinares cumbreños, y sobre todo durmiendo en las casetas de campaÃ±a, con toda la aventura improvisada de los animales nocturnos, los ruidos desasossegantes y la sensaciÃ³n de supervivientes y osados que tenÃ-amos cuando nos veÃ-amos amaneciendo en medio de un bosque de pinos. Nunca olvidarÃ© el olor de esas primeras maÃ±anas cumbreñas, ni tampoco el cielo azul y limpio que casi tocÃ;bamos sobre nuestras cabezas. Con los aÃ±os los Scouts se fueron consolidando y convirtiÃ©ndose en un referente para varias generaciones de guiensens. De Gloria Betancort habrÃ-a que hablar largo y tendido. Era una monja atÃ-pica por su apuesta decidida por los postulados del Vaticano II y por la filosofÃ-a mÃ;s progre y social de Juan XXIII. Nos transmitiÃ³ un cÃ³digo Ã©tico imprescindible a muchos niÃ±os de entonces. Uno se ha alejado de la iglesia, sobre todo de la oficialista y carca que manda hoy en dÃ-a,

pero siempre reconozco los valores que aprendí- con Gloria entre acampadas y participativas clases de religión. Mi agnosticismo se ajusta a buena parte de aquellas enseñanzas sobre la solidaridad, la entrega a los demás y la apuesta por la justicia social y la igualdad entre todos los seres humanos. Y creo que aquel mensaje caló porque nos fue transmitido en medio del divertimento y la aventura. Y como buen scouts también aprendí- a respetar a los animales y a defender cualquier iniciativa que conlleve el cuidado y la preservación de la naturaleza.

Con los años fuimos descubriendo que las montañas también tenían un final. Salimos de la isla en busca de nuevos horizontes, y poco a poco aprendimos a asumir nuestra condición de insulares apegados a un territorio separado del resto. Ahora nuestra mirada se fija más en el mar que en las montañas. Y soñamos cada dos por tres con salir en busca de nuevos horizontes. Pero siempre volvemos para coger resuello y para no perder el norte de nuestra existencia. Cada paso que damos sigue teniendo la misma fuerza que aquellos que íbamos dando para descubrir lo que había detrás de los riscos y los montes. Ahora quizá trascendemos un poco más, y escribimos, y también llevamos el recuerdo de muchos muertos que en su día caminaron junto a nosotros. Pero sigue siendo mágica esa sensación diaria de salir a la calle. Todo puede suceder. Lo aprendimos encarando los senderos de la infancia y desbrozando los horizontes. Sigamos doblando esquinas y adentrándonos en la aventura diaria que nos ofrecen los caminos.

Octubre de 2007.

IR A LA WEB DE SANTIAGO GIL

Diseño gráfico de José Miguel Valdivia.